

X Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2013.

El rol del conocimiento en el proceso de valorización del capital.

Yusef Hageg.

Cita:

Yusef Hageg (2013). *El rol del conocimiento en el proceso de valorización del capital. X Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-038/707>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

X Jornadas de Sociología de la UBA

Veinte años de pensar y repensar la sociología. Nuevos desafíos académicos, científicos y políticos para el siglo XXI .1 a 6 de Julio de 2013

Mesa 75: “Tecnología y Sociedad”

El rol del conocimiento en el proceso de valorización del capital

Yusef Hageg¹

El presente artículo pretende dar cuenta de las recientes modificaciones del capitalismo a nivel mundial. Al respecto, existen numerosas teorías que sostienen la modificación del paradigma de acumulación fordista.

Entre ellas, están las que ponen el foco en las nuevas tecnologías de la información y la comunicación; las que ponen énfasis en el capital financiero por sobre el industrial y las que entienden que el capitalismo actual está signado por la importancia del conocimiento en tanto herramienta de valorización del capital.

Es justamente esta última línea teórica la que se considera más relevante para el presente escrito. En cierto sentido, estas teorías parten de los postulados teóricos desarrollados en la teoría del valor trabajo de Marx.

Sin embargo, son reconsideraciones críticas de esa postura ya que ponen en movimiento los conceptos centrales de la economía política clásica y crítica.

En concreto, se examinarán, en primer término, las reformulaciones de los conceptos de la economía política en el traspaso del capitalismo industrial al capitalismo cognitivo.

En segundo lugar, se problematizará acerca de la dificultad que enfrenta el capital para apropiarse de las rentas originadas en los trabajos cognitivos.

Finalmente, se presentará la estrecha relación entre el capitalismo cognitivo y la especulación financiera como base del desarrollo actual.

I- Del capitalismo industrial al capitalismo cognitivo: Hacia una reformulación de los conceptos de la economía política

El presente escrito se enmarca en la línea de trabajo que vislumbra una modificación de las pautas tradicionales de acumulación, propias del capitalismo industrial en su forma fordista. Si se habla del sistema capitalista, la teoría marxista aparece como una herramienta ineludible para cualquier análisis crítico del mismo.

Hace más de un siglo, Marx se dedicó -como ningún otro intelectual- al estudio profundo y crítico del sistema de producción capitalista. En sus escritos, ha desarrollado numerosas teorizaciones acerca de la dinámica acumulativa del capital que continúan vigentes hoy en día, en tanto que otras merecen ser actualizadas para una comprensión más acabada de nuestra realidad social.

¹ Licenciado en Sociología (UBA). Maestrando en Investigación en Ciencias Sociales (UBA).

La teoría marxista entiende que el modo de producción capitalista funciona gracias a la combinación de dos factores: los medios de producción (factor objetivo) y la fuerza de trabajo (factor subjetivo) o, dicho de otro modo, funciona gracias a la articulación entre la maquinaria (trabajo muerto) y el hombre (trabajo vivo).

Ahora bien, el fin último del capitalismo no es la mera producción de valores de uso para el goce humano sino que su esencia estriba en la valorización permanente del capital. Es decir, en la producción de mercancías susceptibles de ser intercambiadas en el mercado.

La ganancia del poseedor de los medios de producción reside en el plusvalor generado por el trabajador a lo largo de su jornada laboral. Esto es, el trabajador, desposeído de sus medios de producción, produce en su labor más de lo que recibe como salario para su propia reproducción y allí está el plusvalor que se realiza como ganancia del capitalista en el intercambio mercantil (Marx, 2009).

En rigor, lo que se presenta en este trabajo son aquellas teorizaciones que, partiendo de los postulados de la economía política crítica de los siglos XIX y XX, proponen una ruptura no del capitalismo en sí, sino de sus formas y sus particularidades. Es decir, un pasaje del “capitalismo industrial” al “capitalismo cognitivo”.

Los numerosos estudios sobre el capitalismo industrial expresan que el conocimiento científico estaba fuertemente direccionado hacia el perfeccionamiento de la maquinaria. Es decir, el componente objetivo o capital fijo aparece como el valuarte del progreso y la productividad produciendo una escisión del trabajo humano: por un lado, grupos pequeños de científicos ponen sus capacidades intelectuales y creativas al servicio del perfeccionamiento de la maquinaria; por otro, una gran masa de obreros se convierten en simples apéndices de dichas máquinas, desarrollando un trabajo sistemático, rutinario y alienante.

Estas son, por excelencia, las características que exacerbó el capitalismo en su forma fordista a lo largo del siglo XX. Esto es, la separación del factor subjetivo en dos vertientes, a saber: el saber social objetivado en el capital fijo y la fuerza de trabajo como complemento de la mecanización fabril.

Como bien afirma Vercellone, el fordismo aparece como *“un modelo de crecimiento en el que la oposición conocimiento/trabajador colectivo va en paralelo con una dinámica de la distribución basada en el antagonismo entre salario y beneficio de la empresa”* (2011: 92)

En definitiva, la característica principal del capitalismo en su forma industrial es la de la separación entre las tareas de concepción y las tareas de ejecución. En tanto las primeras se basaban en la creatividad y la capacidad intelectual del ser humano, las segundas le quitaban a éste toda su potencialidad creativa y su capacidad de cooperación, convirtiéndolo en una máquina más (Marx, 2009). Así, el trabajo humano en su forma fabril, ha sido alejado de aquella complejidad y particularidad creativa que poseía en la época del artesanado.

Es decir, el capitalismo industrial se caracterizaba por la incorporación sistemática del saber en el capital físico, lo que significa el pasaje de la subsunción formal a la subsunción real del trabajo en el capital. Al estar incorporado el saber en la máquina, la cuestión de la patentabilidad resultaba evidente. Como se verá más adelante, en nuestros días resulta mucho más complejo construir barreras legales que cercenen el acceso al conocimiento.

En contraste, luego de la crisis del modo fordista de producción comienzan a aparecer, de la mano de numerosos avances en las TICS, otras formas de valorización en donde el conocimiento humano juega un rol esencial. En verdad, el capitalismo cognitivo no es más que una *“economía basada en la difusión del saber, en la que la producción de conocimiento pasa a ser la principal apuesta de la valorización del capital”* (Vercellone, 2004: 66). Es decir, la principal fuente del valor se encuentra en los saberes y en la creatividad más que en el capital fijo y en el trabajo material.

Vale destacar que esta importancia del conocimiento no es asimilable a las teorías del “fin del trabajo” y no descarta la convivencia de trabajos creativos altamente calificados con trabajos precarizados y situaciones de desempleo.

En rigor, la importancia del conocimiento en el proceso de valorización del capital no es algo nuevo sino que está presente desde la conformación del modo de producción capitalista.

En concordancia, Rullani afirma: *“en el curso de los dos últimos siglos, el conocimiento ha jugado su papel en la objetivación del mundo, adaptando la naturaleza y los hombres a la producción (...) En el capitalismo moderno el conocimiento se ha convertido en un factor necesario, tanto como el trabajo o el capital”* (2004: 100). La particularidad que se da en el llamado capitalismo cognitivo es que el conocimiento tiene un valor de uso pero no posee un costo que pueda ser empleado como referente para determinar el valor de cambio (Rullani, 2004).

Asimismo, en el capitalismo cognitivo, no están claras las fronteras entre el tiempo de trabajo y el tiempo libre, en tanto la idea de trabajo abstracto medido en unidades de trabajo simple no calificado comienza a carecer de sentido (Lazzarato y Negri, 2001)

Siguiendo a Vercellone (2011) se podría sostener que las claves de la productividad y de la riqueza social se encuentran, en la actualidad, en la sociedad y en su sistema de formación en detrimento del trabajo asalariado y del universo mercantil. Aquel *“general intellect”* del que hablaba Marx en los Grundrisse, como *el saber social general usado como fuerza productiva* ya no es solo una capacidad materializada en el capital fijo sino que es capitalizada por las mismas fuerzas productivas (Blondeau, 2004).

Por ello, el conocimiento de la fuerza de trabajo es la clave de la valorización del capital y excede el tiempo que el trabajador pasa en su lugar físico de producción. Es lo que Vercellone (2004) llama *“intelectualidad difusa”*, entendida como la elevación del nivel educativo general de la población gracias a las políticas del estado de bienestar y las facilidades en el acceso al saber general.

Como se mencionó previamente, las fronteras entre el tiempo de trabajo y el tiempo libre se desvanecen. En consecuencia, las ideas de tiempo productivo e improductivo devienen, en cierto punto, insignificantes.

Recientemente, la organización fabril se ha visto constantemente desbordada por los procesos de digitalización de la información, de descentralización de las unidades productivas y, en definitiva, por la globalización de la producción.

Esta digitalización del conocimiento, ha generado una particularidad histórica que se convierte en otro rasgo esencial del capitalismo cognitivo, a saber: el coste de producción es difícil de establecer y el coste marginal es tendiente a cero. Por tal motivo, el valor de cambio del conocimiento radica en la capacidad de limitar su libre difusión mediante trabas jurídicas, patentes, etc.

Esta característica cuestiona, en cierto modo, las bases mismas de la sociedad capitalista ya que el concepto de escasez, sobre el cual la economía burguesa basa sus supuestos, no existe como tal, solo se la crea artificialmente con el objeto de transformar al conocimiento humano en un capital. La paradoja radica en que *“cuanto más el valor de cambio de un conocimiento aumenta artificialmente, más su valor de uso social disminuye en razón de su privatización”* (Vercellone, 2011: 84).

De otra parte, se mueven las concepciones tradicionales del trabajo ya que éste deja de ser una actividad mecánica y repetitiva, donde *“se encuentra el origen del trabajo alienado (...) del trabajo abstracto medido en unidades de trabajo simple, no calificado”* (Vercellone, 2011: 86). Asimismo, la ley del valor tiempo de trabajo (basada en el tiempo de trabajo socialmente necesario para producir determinada mercancía) entra en crisis.

Vale destacar que estas particularidades históricas del llamado capitalismo cognitivo no desechan el carácter central de la explotación y la plusvalía como motor del crecimiento del capital. Sin embargo, es menester diferenciarlo de la época fordista ya que muchas categorías no encuentran asidero en la realidad actual.

Es decir, los trabajos intensivos en conocimiento son muy complejos para ser pensados de forma abstracta y cuantitativa tal como se hacía con la producción en la fábrica fordista. De ahí que no resulte disparatado hablar de una *“revolución del régimen temporal”* tal como lo hace Vercellone (2011), en el marco de la producción de mercancías cuyo valor de cambio es sostenido de forma ficticia y cuyo coste de reproducción es cercano a cero.

Más aún, se podría inferir que, en muchos casos, la mercancía se convierte en una suerte de *“abstracción metafísica”* cuyo valor es la anticipación especulativa de las futuras ganancias que se obtendrán (Corsani, 2004).

Otra particularidad destacable del período histórico cognitivo radica en la capacidad desarrollada por el capital de organizar cooperativamente el *general intellect* de toda la sociedad. Esta cooperación está, lógicamente, cercenada por el modo de producción capitalista pero, aún bajo estas condiciones, se generan proyectos que rompen con la lógica privatista e individualista propias de la sociedad de clases. Un fiel ejemplo de esto es Linux, el sistema operativo que se basa en los aportes constantes de sus usuarios y que se presenta como un producto en permanente crecimiento e innovación.

Es decir, el capitalismo cognitivo es un régimen de innovación permanente, en donde *“la fuente principal de la competitividad no se encontraría mas en las tecnologías incorporadas en el capital fijo, sino en las competencias de una fuerza de trabajo capaz de gestionar una dinámica de cambio continuo y de innovar sin pausa saberes sujetos a rápida obsolescencia”* (Vercellone, 2011: 46).

El papel de la innovación es tan central que la principal amenaza para cualquier empresa innovadora no es ya la presencia de posibles imitadores sino la existencia de innovadores rivales. Es esa capacidad de innovación tecnológica no reproducible la que se convierte en la fuente de rentas diferenciales que impide que opere -durante cierto tiempo- la ley del valor mediante la competencia, al tiempo que genera una renovación de los equipos, no ya por el desgaste de los mismos sino por su obsolescencia (Levín, 1997).

Al respecto, Gorz afirma “cuando el aumento de la renta se convierte en la meta determinante de la política de las empresas, la competencia depende ante todo de su capacidad y rapidez de innovación” (2011: 28).

Siguiendo esta línea argumental, el innovador -deseoso de sostener esa renta diferencial por el mayor periodo de tiempo posible- pondrá barreras al ingreso de nuevos innovadores. En concordancia, Levín (1997) destaca cuatro tipos de empresas capitalistas, a saber:

I) Empresa de capital industrial indiferenciado

Es la sobreviviente de la estructura indiferenciada del capitalismo industrial. Conserva la capacidad latente de innovar e -intermitentemente- adapta y readapta, con procedimientos empíricos, sus prácticas y rutinas técnicas.

II) Empresas de capital diferenciado reducido o simple

Empresa que se ha tecnificado y se mantiene actualizada tecnológicamente, al ritmo que le impone la competencia. Ha perdido la autonomía técnica empírica característica de la empresa de tipo I.

III) Empresas de capital tecnológicamente potenciado, complejo o relativo

El capital en esta empresa es capital tecnológicamente potenciado (renta extraordinaria) porque no lo son los capitales de sus competidores. Su poder innovador transnacionalizado erosiona el carácter moderno del estado nación, privatiza la ciencia y vacía los sistemas de representación democrática. Es la corporación transnacional.

IV) Empresa de capital tecnológico

Produce un bien irreproducible, carente de valor, pero que es la condición para cierto trabajo superproductivo que sólo puede realizar otra empresa de tipo III, dotada de poderes superiores y recursos de otro orden de magnitud. Funciona como apéndice del tipo III o desaparece en la competencia.

Es decir que Levín reconoce la apropiación de rentas extraordinarias por parte de ciertas empresas innovadoras al tiempo que no descarta la coexistencia con empresas tradicionales de capital indiferenciado. Su clasificación puede resultar útil aunque no se adentre en las particularidades del contenido cognitivo del capitalismo actual.

Asimismo, resulta interesante la caracterización de las empresas del tipo III y IV, por ser aquellos tipos de empresas que marcan una tendencia a futuro.

Sin embargo, la clasificación de Levín pareciera insuficiente ya que no complejiza la problemática de la apropiación de rentas extraordinarias basadas en el conocimiento. A continuación, se expondrán algunos lineamientos al respecto.

II- Lo cognitivo y la dificultad de la apropiación de rentas extraordinarias.

Anteriormente, se expuso que uno de los grandes problemas que debía enfrentar el capital en su fase cognitiva era el de la apropiación de la renta extraordinaria proveniente de determinado conocimiento humano innovador.

Antes de adentrarnos en la problemática propuesta, es menester otorgar una definición de renta, la cual puede ser entendida como “el rédito que percibe el

propietario de ciertos bienes como consecuencia del hecho de que tales bienes están escasamente disponibles, o bien son convertidos en tales" (Napoleoni, 1956). Es decir que la renta está siempre asociada a la idea de escasez, ya sea ésta natural o artificial.

Ahora bien, en el capitalismo industrial, las empresas competían a través de las mejoras técnicas del proceso productivo. Es decir, o bien se aumentaba la productividad gracias al conocimiento científico incorporado en una máquina o bien a través de determinada organización más eficiente (o más intensiva) del trabajo humano. El lugar de la renta quedaba desplazado a un rol secundario y de oposición al beneficio proveniente del plusvalor.

En contraste, en el capitalismo cognitivo, se presenta la dificultad para distinguir la ganancia de la renta. La centralidad del salario-beneficio frente a la marginalidad de la renta propia del modelo fordista, ha sido modificada otorgándole un rol central a la renta diferencial proveniente de la innovación, el sistema de patentes y la especulación financiera.

Esto es, como el capital fijo está subsumido e interiorizado en los hombres y se manifiesta mediante su imaginación y su creatividad, los productos del conocimiento no son verdaderas mercancías en el sentido clásico. Su valor de cambio estará determinado por su originalidad, por su rareza, por su diseño, por su exclusividad y por su capacidad de marketing pero no por el tiempo de trabajo socialmente necesario para producirlo (Gorz, 2011).

En consecuencia, la ganancia de las empresas intensivas en conocimiento estará dada por su capacidad innovadora y creadora de esa renta diferencial que le permite sobresalir por sobre otras, evitando la ley del valor en su faceta competitiva, tal como se expuso previamente gracias a los aportes de Levín.

Es evidente que *"la renta no posee la misma naturaleza que el beneficio: no corresponde a la creación de un acrecentamiento del valor, de una plusvalía. La renta distribuye la masa total del valor en provecho de las empresas rentistas y en detrimento de las demás, no aumenta la masa"* (Gorz, 2011: 27). Por ello, el capitalismo cognitivo está íntimamente relacionado con la especulación ficticia del capital financiero, cuestión que se desarrollará en el siguiente punto.

Ahora bien, ¿cuál es la herramienta que garantiza la apropiación de esa renta diferencial de la que nos habla Gorz o, desde otro ángulo, Levín? En nuestros días, podríamos afirmar que son los derechos de autor, las patentes, las licencias de uso, etc. Es decir, todas aquellas barreras legales que el capital impone para hacerse de rentas extraordinarias que le permiten sostenerse y posicionarse mejor en el mercado.

No obstante, esas barreras no son fáciles de aplicar y de controlar. Constantemente, el capital se ve ante la incapacidad -cada día más evidente- de poder dar respuestas con sus viejos mecanismos a los nuevos problemas.

Esto se produce por la dificultad, expuesta por Rullani (2004), de establecer un valor de cambio acorde al costo de producción y de reproducción de un conocimiento. Ergo, el valor de cambio está ligado a la capacidad de limitar la libre circulación y reproducción del conocimiento. Es decir, se fuerza una situación ficticia de escasez que permita cobrar por su uso y difusión.

En otras palabras, Moulier Boutang expresa: *"Se hace muy difícil justificar los derechos de propiedad tal y como fueron construidos al comienzo del capitalismo industrial. La reproductibilidad indefinida, con coste casi nulo del conocimiento, hace prácticamente inoperantes, inaplicables, las reglas y las*

sanciones previstas para obligar a los consumidores a pagar (...) los peajes de acceso al conocimiento, a la red, son aún peor recibidos que los privilegios bajo el Ancien Régime” (2004: 110)

En definitiva, el capitalismo carece de las herramientas adecuadas para sobrellevar las actuales modificaciones y es por eso que pareciera correr siempre por detrás de los cambios tecnológicos. Es decir, se empeña en cercar los accesos al saber mediante artilugios legales que resultan insuficientes y tardíos frente a las repentinas innovaciones.

De este modo, Gorz razona *“sea cual fuere el costo inicial de un conocimiento, su valor de intercambio tiende a cero cuando es de libre acceso (...) para tener un valor de cambio, un precio, es necesario que se vuelva raro, inaccesible para todos, privatizado en manos de una empresa que reivindica su monopolio y extrae de él una renta” (2011: 18).*

En rigor, el capital -en su forma histórica cognitiva- pareciera quedar más expuesto, más evidenciado en su rol mutilador de las facultades humanas, al quedar al descubierto en cuestiones tan centrales como el valor, el tiempo de trabajo, la productividad y los derechos de propiedad.

Más específicamente, el valor de los conocimientos es indeterminable, su valor de uso se encuentra cercenado en pos de “elaborar” un valor de cambio; el tiempo de trabajo es difuso ya que el trabajador creativo no se limita a su jornada laboral; la productividad no se aumenta, necesariamente, por medio de una mejora técnica ni por la sobre explotación de la mano de obra y respecto de la propiedad privada, se constata la aparición de nuevos derechos de propiedad particulares y contrarios a la lógica capitalista como es el caso del software libre, en donde se procura la prohibición de la privatización para un uso mercantil y en donde el antiguo consumidor de mercancías se transforma en un actor clave del progreso tecnológico y de la difusión de la información (Blondeau, 2004).

Es decir, se asiste a una doble crisis de la ley del valor. Por un lado, una crisis de medida debido a la dificultad de convertir en abstractos y cuantificables en tiempo a los trabajos creativos. Por otra parte, una crisis de control sobre el proceso de trabajo ya que el proletariado del trabajo cognitivo puede apropiarse con mayor facilidad que antaño de los instrumentos de trabajo así como evadirse en plena jornada laboral en actividades no mercantiles (Moulier Boutang, 2004). Asimismo, el producto del trabajo no queda dissociado del trabajador sino que permanece en la cabeza del mismo una vez finalizada la labor encomendada.

Desde aquí, podría inferirse que éste es el motivo por el cual muchas modernas empresas promueven -además de los derechos de propiedad intelectual- un vínculo muy estrecho con sus trabajadores, con la finalidad de “hacerlos sentir parte” de dicha empresa, evitando estas cuestiones. Igualmente, es frecuente que en estas empresas los trabajadores creativos sean managers o posean acciones de la firma.

III- Capitalismo cognitivo y capital financiero

No resulta una novedad afirmar que vivimos una época histórica en la cual se le otorga una importancia inusitada al capital financiero. Sin embargo, por lo general, no se suele asociar al capitalismo financiero con su dimensión cognitiva.

Tal como se expuso previamente en la clasificación de los distintos tipos de empresas de Levín, se podría afirmar que el capital en su fase cognitiva elimina la figura tradicional del empresario clásico, quién fuera propietario y director de su empresa (empresa tipo I).

Por el contrario, en la actualidad, se asiste a una separación en donde los asalariados tienen cada vez más funciones de organización de la producción, en tanto la gerencia está conformada por un grupo de accionistas dedicados a funciones especulativas y financieras. Es decir, dedicados a la captación de rentas extraordinarias provenientes de una escasez ficticia.

En rigor, al no asentarse la valorización del capital sobre el trabajo material, la preeminencia del capital financiero es creciente. Este sector financiero no es más que la especulación subjetiva de un grupo de personas sobre las apropiaciones de rentas extraordinarias a futuro.

Es decir, la compra y venta de acciones y bonos no es más que las anticipaciones de los “buenos pronósticos” respecto de un sector. El “valor” de ese capital financiero es completamente ficticio y descansa en el endeudamiento y la confianza mutua de que se crecerá más de lo que se endeuda.

Las masas de capitales generadas por esta dinámica especulativa superan ampliamente el conjunto de bienes y servicios producidos por la humanidad, por lo que, tarde o temprano, esa “burbuja” acaba por estallar tal como ocurrió en 2008.

De ningún modo puede pensarse que la crisis mundial es una crisis financiera en su esencia. En todo caso, lo es en su forma pero el trasfondo es la especulación en base al crecimiento tecnológico de determinados países en detrimento de otros. Es decir que, por ejemplo, la crisis griega o española debe ser vista como la contracara del ascenso tecnológico alemán.

En definitiva, cualquier crisis financiera no es más que la expresión contemporánea de la incapacidad del capitalismo de reproducirse y crecer hasta el punto que se había especulado.

En este sentido, Gorz (2003) sostenía que las crisis capitalistas no pueden ser pensadas como una mala regulación de las finanzas sino como la dificultad para hacer funcionar el capital inmaterial como un capital y el capitalismo cognitivo como un capitalismo.

Comprender esto, es decir, el trasfondo real de las crisis financieras permite echar por tierra las posturas que critican al capital financiero especulativo frente a las “bondades” del equilibrio entre el capital y el trabajo. Estas teorías, abonan la idea de volver a un “capitalismo serio y equilibrado”, cuestión que desconoce la importancia central de la especulación financiera para el desarrollo de la faceta cognitiva del capital.

Reflexiones finales

A lo largo del presente escrito se pretendió presentar un conjunto de posturas teóricas que sostienen el pasaje del capitalismo industrial al llamado capitalismo cognitivo.

Al respecto, se expuso que el conocimiento humano -como herramienta valorizadora del capital- existió desde la conformación de dicho modo de producción. La particularidad histórica radica en que, en el pasado fordista, el conocimiento estaba incorporado como trabajo muerto en el capital fijo y, a través de éste y del aumento de la explotación, se lograba una mejora en la productividad que se traducía en una reducción de costos, luego reflejada en un precio de mercado más competitivo.

Por el contrario, en la actualidad del capitalismo cognitivo, la principal fuente de valorización se encuentra en los saberes y en la creatividad de los trabajadores, a partir de la construcción paulatina de una “*intelectualidad difusa*” como consecuencia de la elevación del nivel educativo del conjunto de la población en el marco del estado de bienestar (Vercellone, 2004).

Esta transformación radical en el seno del capitalismo conlleva una serie de modificaciones relevantes de los conceptos de la economía política de los siglos XIX y XX.

Por un lado, las fronteras entre el tiempo de trabajo y el tiempo de no trabajo o tiempo libre son difícilmente identificables, ya que la creatividad excede el tiempo de fábrica o de oficina.

Asimismo, el coste de producción de los productos intensivos en conocimiento resulta muy difícil de establecer, en tanto sucede algo similar con el valor de cambio de los mismos. Es decir, el coste de producción de estos productos suele ser muy bajo y el coste de reproducción de los mismos tiende a cero, lo que complejiza la lógica productiva del capital. Dichos productos son muy complejos para ser pensados en forma abstracta y cuantitativa tal como se concibe en la teoría del valor tiempo de trabajo.

En concordancia con esta dificultad, el valor de cambio queda determinado no ya por el tiempo de trabajo socialmente necesario para producirlo sino por un conjunto de barreras legales que limitan su libre acceso. De este modo, se genera una escasez ficticia para cobrar una renta por el uso de ese producto.

En rigor, el carácter primordial de la ganancia capitalista basada en la extracción de plusvalor se va modificando hacia la captación de rentas extraordinarias provenientes de la constante innovación, del sistema de patentes y de la especulación financiera.

A nivel global, el proceso de descentralización y digitalización de la producción capitalista deteriora otra característica central del modelo fordista, a saber: la producción y la competencia dentro de los límites del estado nación. Es decir, en la actualidad se asiste a una mundialización del proceso productivo que erosiona las bases de los estados nacionales en beneficio de los bloques de países (G8, G20, BRICS, ASEAN, MERCOSUR).

En este marco, se pone en marcha una nueva división internacional del trabajo basada sobre principios cognitivos. Esta situación genera nuevas disputas y escenarios geopolíticos.

De una parte, muchos países han logrado, recientemente, consolidarse como líderes en sectores con un alto componente cognitivo dejando atrás su pasado económico ligado a las ventajas comparativas naturales.

De otra parte, este “optimismo” respecto a la posibilidad de una inserción cognitiva de los países periféricos se ve cercenada por las limitaciones legales al ingreso de nuevos competidores a nivel internacional. Esto es, se concentran las tareas creativas en unos pocos lugares de las economías desarrolladas al tiempo que los trabajos rutinarios más precarizados se localizan en zonas más permeables a la súper explotación de la mano de obra. Igualmente, los países periféricos son los proveedores de materias primas y recursos energéticos no renovables.

Un buen ejemplo de esta descentralización productiva en beneficio de los países desarrollados lo constituyen los productos Apple. La mayor parte de ellos llevan la leyenda “*Designed by Apple in California. Assembled in China*”². Esto es un fiel reflejo de cómo nuestro presente cognitivo se conjuga con el trabajo rutinario y tradicional de la época fordista.

Es decir, los creativos están en Silicon Valley pero las fábricas con las cadenas de montaje están tercerizadas en Foxconn (Taiwán). En definitiva, la contracara de empresas muy modernas y cognitivas como Google, Microsoft o Apple son las fábricas con regímenes cuasi militares en China, Taiwán o India. En verdad, el complemento de los programadores creativos que ganan fortunas en Estados Unidos son los suicidios de asiáticos por las malas condiciones laborales.

En rigor, más que adentrarse en un ingenuo optimismo acerca de las nuevas formas que adquiere el capitalismo, en este escrito se pretende exponer -críticamente- las características que adquiere el proceso de recomposición capitalista, basado en el saber colectivo y el desarrollo tecnológico. Es decir, se pretende complejizar las posturas que creen que el capitalismo cognitivo es algo que lleva al “fin del trabajo” o al “fin de la alineación” tal como la conocemos.

Por el contrario, lo que aquí se expone son tendencias muy interesantes del capitalismo de los países desarrollados pero sin perder de vista que esta valoración de lo inmaterial descansa, aún hoy, sobre la hiper explotación de millones de obreros alrededor del mundo.

De todos modos, resulta muy pertinente estudiar estas nuevas teorías que problematizan una serie de conceptos tradicionales de la economía política que no encuentran asidero en la realidad actual.

² Diseñado por Apple en California. Ensamblado en China.

Bibliografía:

BLONDEAU, Olivier (2004) "Génesis y subversión del capitalismo informacional", en Rodríguez, Emanuel y Sánchez, Raúl (Compiladores) *Capitalismo cognitivo, propiedad intelectual y creación colectiva*, Traficantes de Sueños, Madrid.

CORSANI, Antonella (2004) "Hacia una renovación de la economía política. Antiguas categorías e innovación tecnológica" en Rodríguez, Emanuel y Sánchez, Raúl (Compiladores) *Capitalismo cognitivo, propiedad intelectual y creación colectiva*, Traficantes de Sueños, Madrid.

GORZ, André (2003) *Lo inmaterial*, L' Harmattan, Paris.

GORZ, André (2011) *Ecológica*, Capital Intelectual, Buenos Aires.

LAZZARATO, Mauricio y NEGRI, Antonio (2011) *Trabajo inmaterial. Formas de vida y producción de subjetividad*, DP&A Editora, Río de Janeiro.

LEVIN, Pablo (1997) *El capital tecnológico*, Editorial Catálogos, Buenos Aires.

MARX, Karl (2009) *El Capital*, Siglo XXI, Buenos Aires

MARX, Karl (1979) *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política*, Grundrisse, Vol. 2, Siglo XXI, Madrid.

MONTES CATÓ, Juan (2010) *El trabajo en el capitalismo informacional. Los trabajadores de la industria del software* (coord.), Poder y Trabajo editores, Buenos Aires.

MOULIER BOUTANG, Yann (2004) "Riqueza, propiedad, libertad y renta en el capitalismo cognitivo" en Rodríguez, Emanuel y Sánchez, Raúl (Compiladores) *Capitalismo cognitivo, propiedad intelectual y creación colectiva*, Traficantes de Sueño, Madrid.

RULLANI, Enzo (2004) "El capitalismo cognitivo ¿un déjà- vu?", en Rodríguez, Emanuel y Sánchez, Raúl (comps.) *Capitalismo cognitivo, propiedad intelectual y creación colectiva*, Traficantes de Sueños, Madrid.

VERCELLONE, Carlo (2004) "Las políticas de desarrollo en tiempos del capitalismo cognitivo" en Rodríguez, Emanuel y Sánchez, Raúl (comps.) *Capitalismo cognitivo, propiedad intelectual y creación colectiva*, Traficantes de Sueños, Madrid.

VERCELLONE, Carlo (2011) *Capitalismo cognitivo. Renta, saber y valor en la época posfordista*, Prometeo, Buenos Aires.

ZUKERFELD, Mariano (2008) Capitalismo Cognitivo, Trabajo Informacional y algo de música, en Revista Nómadas nro. 28, IESCO, Bogotá Abril de 2008.